
EL GIRASOL.

ES el *girasol* una planta sencilla que no embalsama el ambiente con un aroma delicioso, que vive olvidada en los campos, sin que el hombre le prodigue sus cuidados en los jardines; y sin embargo, la vida de esta planta parece el emblema del sentimiento y de un amor apasionado y es una prueba de que Dios no ha querido que nada viva aislado, sino que ha impuesto á todos los seres la ley de que se unan con vínculos de estrecha armonía. La humilde planta parece adoradora del sol, y el astro soberbio que ilumina y alienta millares de mundos, no se olvida de la flor que vive abandonada en las campiñas de la tierra.

El tallo del *girasol* delgado y flexible se levanta impaciente, como si deseara mayor altura y descuella entre las flores, como la encina sobresale entre las copas de los árboles. Sus

hojas anchas, verdes y lustrosas, se alejan también del suelo, y van subiendo por el tallo, como el pensamiento que poco á poco se eleva en pos de sublimes verdades. En la flor se encuentra una grande variedad de colores, ya es blanca como el nardo, ya violada como la melancólica violeta, ya en fin brillante como el oro. La flor extiende sus hojas como ráfagas de un resplandor, y en el centro lucen dorados pistilos. Esta flor sobre un tallo tan flexible se mece al soplo de los vientos.

¿Pero qué hay en esta flor que la hace moverse como si estuviera animada, como si estuviera dotada de instinto? ¿Habrá algo de sensibilidad en los vegetales? Hemos visto admirados como se estremece la sensitiva al contacto de nuestra mano; pues el girasol presenta un fenómeno que no es ménos sorprendente. A la hora del alba la planta vuelve sus flores hácia el Oriente para que las bañe el primer rayo del sol. La planta toda se vivifica, y parece dejar el sueño de la noche para ostentar galana sus flores, y á medida que el sol sigue su curso, la flor gira en su tallo ansiosa de que en su seno penetren los fulgores del sol y al medio día sus rayos perpendiculares caen sobre la planta, que permanece inmóvil como si el deleite embargara sus hojas y su tallo.

Cuando el sol camina á iluminar otro hemisferio, la planta se dirige hácia Occidente, para no perder los moribundos resplandores de la hora melancólica del crepúsculo. A esta hora, mientras unas flores aguardan que el beso de la noche las bañe de rocío, y otras esperan las tinieblas para dar al viento sus perfumes, y entregarse á sus amores, el girasol se entristece, sus corolas se doblan, su tallo se inclina con languidez, como se inclina á veces la frente del hombre al

ver que se desvanece una de esas ilusiones tan bellas y tan queridas. . . .

Durante la noche se entristece el girasol, y tambien hay dias nublados que le roban su bien y su placer. Los rayos del sol marchitan los colores de la flor, y hacen efimera su existencia, y con todo, la planta se empeña en seguir esos rayos de luz, como si comprendiera que no consiste la vida en contar los instantes, sino en apurar el sentimiento. . . .

El corazon y la mente del hombre necesitan como el girasol, una luz, un ardor que los reanime: y lo buscan siempre hasta que lo miran hundirse en la nada, como la planta sigue al sol hasta que se pierde tras de las montañas. El espíritu se afana por encontrar una creencia viva y ardiente, y sigue con afan los destellos deslumbrantes de la gloria, ó los resplandores engañosos de la felicidad.

El corazon anhela verse abrasado por un sentimiento que si bien lo seca y lo marchita, lo impregna de delicias inefables. Un corazon que ama, sigue siempre con fervor el objeto de su amor, ansiando un rayo de luz, un destello de ternura, como el girasol busca anhelante una mirada del sol.

El sol desde el centro del universo, desde su trono de gloria, al dar su luz á los planetas y á los cometas vagabundos, lanza tambien un resplandor vivísimo sobre el pobre girasol; miéntras el alma enamorada suele vivir en su aislamiento sin que el ídolo de su pasion comprenda sus martirios.

El alma entónces sufre y se entristece, como la flor del girasol, cuando entre ella y el rey de los astros se interponen negros nubarrones.



Paz.

EL ENSUEÑO DE LA VÍRGEN.

A MI QUERIDA HERMANA.

(PAZ.)

La vírgen inclina, cual rosa de mayo,
En tierno desmayo su cándida sien;
Y baja en mil rizos su blondo cabello
Al pálido cuello con tenue vaiven.

Sus párpados cierra suavísimo ensueño,
Con grato beleño, con blando sopor;
Agita graciosa su labio encendido,
Y vuela perdido suspiro de amor.

Cual lago tranquilo que el céfiro halaga
A tiempo que apaga la luz su fanal,
Palpita su pecho mas albo que armiño,
Tan casto cual niño de faz virginal.

Só diáfano lino de encajes ornado,
Su seno nevado se mira gentil,
Cual vemos en golfos de linfas serenas,
En medio de arenas, mil conchas y mil.

Venid, auras frescas bañadas de olores,
Venid, ruseñores de dulce cantar,
Su sueño arrullando con blandas caricias,
Con vivas delicias brindadle á gozar.

Venid, bellas ninfas con pasos callados,
Y en plectros templados cantad su virtud;
Tejed de amapolas guirnalda inocente
Que adorne su frente, la infunda quietud.

Su sueño es mas lindo que el sueño del lirio
Despues del martirio de intensa calor,
Si dobla sus hojas, con rico embeleso,
Del céfiro al beso que roba su olor.

El mar dilatado que ostenta sereno
Su nítido seno que el noto surecó,
Es ménos risueño y es ménos hermoso
Que el puro reposo de que ella gozó.

Arcángel parece que el fúlgido cielo,
Alzando su vuelo, dejara fugaz,
Y al fin fatigado nos muestra sus galas
Plegando sus alas en lánguida paz.

Su mente se olvida del suelo mezquino,
Y en raptó divino se siente elevar
Al mundo sublime que habita el poeta
Cual raudo cometa de claro brillar.

Alegre descubre lozanas praderas,
Corrientes parleras color de zafir;
Y escucha encantada los coros suaves
De alígeras aves que vense bullir.

El éter adornan celages de plata,
Y el lago retrata la bóveda azul;
Gacelas gallardas se van retirando
La sombra buscando del verde abedul.

Percibe mil grutas, cual nidos de amores,
Dó lucen las flores variado matiz,
Y encubren profusas las rústicas peñas,
Formando risueñas campestre tapiz.

La brisa desaparece perfume y frescura,
Y ardiente murmura sollozo de amor,
Que turba del pecho la plácida calma,
Y enciende en el alma radiante fulgor.

Vision peregrina de luz circundada,
Su vista ecstasiada contempla al confín;
Y entónces sus blancas y tersas megillas
Con tintas sencillas colora el carmin.

El ser que anhelaba con ansia inefable,
El ser adorable que á veces buscó,
Es ese fantasma de formas galanas
Que glorias livianas audaz la ofreció.

La vírgen amante le tiende sus brazos,
Espléndidos lazos que envidia el querub;
Esposo le llama, celeste tesoro,
Su acento sonoro cual son de laúd.

Despues se le acerca con risa gozosa
Niñez amorosa formando rumor;
Y *madre* la dice con voz apacible,
Su pecho sensible llenando de ardor.

Imprime en su rostro mil ósculos caros,
Con brazos avaros su talle ciñó;
Discurre en sus venas el fuego materno
Que en júbilo eterno su vida abrasó.

Ya siente que deja tan bellos lugares,
Y cruza millares de globos de luz;
Mirando á sus plantas el sol y la luna,
De sombra importuna la envuelve el capuz.

Ya llega á los cielos; ya dobla la frente,
Con gozo ferviente, delante de Dios;
Depone su palma de vírgen emblema,
Tambien la diadema que ostenta el candor.

El velo nocturno va el alba rasgando,
La vírgen llorando despues despertó,
Que mira perdidas las altas regiones
Dó etéreas visiones contenta soñó.

FLORES MARCHITAS.

MARCHITAN del pensil las bellas flores
Los cierzos rudos de aterido invierno,
Así mi corazón sencillo y tierno
Marchitaron del mundo los dolores.

De juventud brillante á los albores
Soñé hallar en la vida gozo eterno,
Y hallé pesares, y encontré un infierno
Dó buscó el corazón blandos amores.

Mi lira mitigó mi desventura;
Lloré en ella mis males tristemente,
Breves horas de amor canté benditas:

Mis versos son suspiros de amargura;
La historia son de mi existir doliente;
Son de mi corazón FLORES MARCHITAS.

México, 1851.—EMILIO REY.

PIENSO EN TÍ.

A * * *

CUANDO tras altos montes, de la aurora
Los débiles destellos triste miro,
Lanza mi corazón hondo suspiro
Y pienso en tí, muger encantadora.

Quando el astro de llama abrasadora
Hacia el cenit camina en lento giro,
Pensando estoy en tí, por tí deliro,
Deliciosa beldad que mi alma adora.

A la luz del crepúsculo apacible,
En el silencio de la noche oscura,
O de pálida luna á los fulgores,
Que tu imagen olvide es imposible,
Y en la selva, en el monte ó la llanura,
Pienso en tí, dueño cruel de mis amores.

1851.—OCTAVIANO BERR.

A MI PRIMA
D.^A SUSANA ARGÜELLES,

EN LA MUERTE DE SU HIJA.

TREGUAS ¡oh madre! á tu doliente lloro;
No la falsa deidad de la Fortuna
Trocó en sepulero la encantada cuna
Del querubin de tus ensueños de oro.

Fué *El* que en carro flamígero y sonoro
Huella el sol, los luceros y la luna;
El que humilde en la Cruz sin culpa alguna
Espira entre tormentos y desdoro.

No el rostro cubras con oscuros velos,
Que tu hija hoy goza de ventura tanta
Cual no tuvo en tus férvidos desvelos.

“Iba á tocar la tierra con su planta
Cuando ve sus espinas, y á los cielos
Cual cándida paloma se levanta.”

José SEBASTIAN SEGURA.

MARGARITA.

A MI QUERIDO AMIGO

DON PABLO J. VILLASEÑOR.

I.

SON los zelos infernales espíritus que encienden en el pecho un horroroso fuego, una lava ardiente que quema el corazón, que hace palpitar las sienes, que calcina los huesos.... Ved allí á *Margarita*.... ¿Adivinaríais en aquel rostro de ángel, en aquellos dulcísimos ojos y en aquella pequeña y voluptuosa boca, un corazón fuerte, y amante á un mismo tiempo, una alma tierna y de un temple de acero....? No, ¿no es verdad? Pues bien: *Margarita*, esa encantadora jóven, la de blondos rizos y dulces miradas, la de mórbida cintura y blanca frente, *Margarita*.... ha cometido un crimen. ¿Y sabeis quién ha armado su débil mano....? ¡Los zelos....!